

se hallan unos cuantos cardenales vestidos de oro y perlería y su Señoría Ilustrísima se hace conducir sobre andas de oro y plata! Conducta igual a la de aquél que dijo: "Las raposas tienen sus cuevas, las aves del cielo nidos, y al hijo del hombre le falta un palmo de tierra en donde inclinar la frente"!

La historia hace constar con verdad aterradora la muerte de cinco millones de hombres, quemados vivos por el tribunal católico de la Santa Inquisición y los escritores católicos elogian los hechos del invicto Rey Felipe II quien con sus ejércitos y a sangre y fuego y en nombre de la Iglesia católica pretendía imponer a los pueblos una creencia religiosa! Que semejanza entre estos medios empleados por los que se dicen discípulos de Cristo y la palabra divina llena de amor y de justicia de aquel que espiró en la cruz y derramó su sangre para salvar a la humanidad y salvar a sus mismos enemigos!

En las Iglesias católicas se comercia como lo hacían en su tiempo los mercaderes judíos. La simonía triunfante, para acaparar riquezas! Si Cristo nos visitara por segunda vez, como tendría que emplear el látigo divino para arrojar a los mercaderes del templo! Se parece esto mucho a la sublime caridad del crucificado que no le permitía poseer un centavo que no fuera para aliviar al necesitado!

La Iglesia Católica considera como a sus enemigos los que no sustentan sus mismas creencias y los condena al fuego eterno y los aborrece. ¡Que igualdad de doctrinas! Son los mismos principios de la doctrina cristiana, predicados por el mártir del Calvario a todo el mundo, al griego como al judío y al romano; principios que admitían en su seno a todos los hombres, principios que cobijaron con su manto de amor a los pueblos todos del humano linaje.